

DE LOS JUDÍOS A LOS CHUETAS MALLORQUINES

DESPUÉS DE LA CONQUISTA CATALANA DE 1229, LOS SEMITAS INSULARES GOZAN DE UNA POSICIÓN POLÍTICA, ECONÓMICA Y SOCIAL BIEN CONSOLIDADA. EN LA CIUDAD DE MALLORCA DISPONEN DE SU PROPIO BARRIO, DENOMINADO CALL, QUE CONSTITUÍA UNA ESPECIE DE PEQUEÑA CIUDAD DENTRO DE LA CIUDAD. SE ENCONTRABA AISLADO DEL RESTO Y, DE NOCHE, LAS PUERTAS DE ACCESO SE CERRABAN PARA QUE NADIE PUDIERA SALIR NI ENTRAR.

GABRIEL ENSENYAT | PUJOL UNIVERSIDAD DE LAS ISLAS BALEARES

Los testimonios sobre la presencia de comunidades judías en las Baleares son muy tempranos. En el año 418, el obispo Severo de Menorca redactaba una carta encíclica para dar a conocer la, según él milagrosa, conversión masiva de toda la comunidad hebraica menorquina al cristianismo. Lo cierto, sin embargo, es que tal conversión no tuvo nada de milagrosa: fue el resultado de la actitud agresiva de los cristianos menorquines hacia los judíos, quienes optaron por cambiar de fe antes de que las consecuencias fueran peores. Esta circunstancia (que, por otra parte, constituye la primera muestra de antisemitismo conocida en Europa) es, en cierto modo, premonitoria del destino de los hebreos insulares.

Posteriormente al siglo V, no volvemos a tener noticias de la existencia de grupos semitas en el archipiélago, si bien ello no significa que hubieran desaparecido. El desconocimiento abarca también a toda la época musulmana, con la sola excepción de un pequeño recinto del siglo XI, que se conoce como los baños árabes, que en realidad eran judíos. Así pues, hay que llegar hasta la conquista catalana de 1229 para reto-

mar el hilo conductor de la historia de los semitas insulares. La prontitud con la que son mencionados en la documentación es un indicio de su presencia, cuanto menos en Mallorca, durante los siglos anteriores. El caso es que a partir de ese momento gozan de una posición política, económica y social bien consolidada. En la ciudad de Mallorca disponen de su propio barrio, denominado Call, y de una organización "municipal" específica, con sus autoridades internas.

Es evidente que el Call constituía una especie de pequeña ciudad dentro de la ciudad; se encontraba aislado del resto y, de noche, las puertas de acceso se cerraban para que nadie pudiera salir ni entrar. En el interior, la vida de los judíos se guiaba por la ley mosaica, con sus costumbres y hábitos característicos. Incluso la lengua en que solían redactar los documentos era la hebrea, si bien no sabemos hasta qué punto la hablaban. Por otra parte, la segregación se manifestaba también a la hora de contribuir al fisco, ya que se les asignaba una determinada cantidad que, entre todos y con un cierto criterio de proporcionalidad, debían aportar.

Aun así, ambas comunidades –la judía

y la cristiana– no vivían de espaldas una a otra ni podían ignorarse. Es conocido el papel que como prestamistas desempeñaron los judíos durante la edad media, aprovechando la prohibición cristiana de la usura. Ahora bien, en Mallorca esta actividad no fue la única –como tampoco en otras partes: no todos los judíos eran ricos, sino que la mayoría vivía de su trabajo manual y del campo–, ya que se vio complementada con una actividad mercantil importante. Y es que las Baleares, desde la conquista, se integraron de lleno en los circuitos comerciales del Mediterráneo, donde desarrollaron un papel de primera magnitud. Esta práctica mercantil de los israelitas, sin embargo, se orientó más bien hacia el comercio interno, con una incidencia especial en la parte foránea, proveyendo a los campesinos con animales domésticos, grano y ropa. Por otra parte, los hebraicos destacaron en el ámbito científico. La medicina judía gozó en las Baleares de un prestigio parecido al que consiguió en otros lugares, con médicos famosos como Judà Mosconi. Y sobre todo, la cartografía les proporcionó un auge extraordinario, casi enigmático, ya que de los oscuros obradores del Call salieron caligrafiadas



JOYERÍA DE LA CALLE DE LA PLATERÍA DE PALMA.

© TONI CATANY

las costas y rutas marítimas, con una precisión no exenta de belleza. La familia Cresques es la más representativa.

Todo esto, no obstante, terminó en 1391. La secuela de los progromos iniciados en el continente llegó a Mallorca y provocó la devastación del Call. Varios cientos de judíos fueron asesinados por una turbamulta que les responsabilizaba de los males que afligían a la isla. Fue el inicio del declive de esa comunidad, ya que la mayoría de los supervivientes se convirtió al cristianismo o se fue. No obstante, la judería no se resignó a desaparecer, y durante las décadas posteriores se repobló con judíos venidos de fuera. Pero el terror resurgió nuevamente en 1435, provocando la segunda y definitiva conversión. De nuevo la historia colectiva les había colocado en el dilema de abjurar o morir. La respuesta no podía ser otra: todos los hebreos se bautizaron, masivamente.

Así pues, el “problema” judío quedó resuelto en Mallorca –sólo en apariencia, como veremos– mucho antes de la solución final de los Reyes Católicos. Cuando se produjo la expulsión de 1492, en la isla no tuvo ningún efecto.

Nadie se vio importunado ni tuvo que huir. Al menos oficialmente, no había judíos. La calma no duró mucho. La introducción de la inquisición en 1478 abrió una nueva –y sangrienta– fisura: la de los judíos conversos, los denominados “chuetas”. Dado que la conversión había sido forzada, siempre hubo sospechas de que, puertas adentro, los nuevos cristianos “judeizaban”. El resultado fue que, en la época de la contrarreforma, en el siglo XVII, los actos de fe contra los conversos constituyeron un espectáculo fastuoso y frecuente. La consecuencia: diversas quemas de sospechosos, así como penas menores –prisión, azotes– y confiscaciones de bienes.

Todo ello contribuyó a la creación de un ghetto. Diversos apellidos, quince en total, fueron asociados a la práctica del judaísmo y, por consiguiente, objeto del escarnio popular. La segregación –a nivel externo– y la endogamia –internamente– han caracterizado hasta nuestros días la evolución de este grupo. Recluido al antiguo Call menor, desarrolló una industria de joyería que fue, y todavía es, la más característica de los descendientes de los conversos; la calle de la platería de Palma lo atestigua. Y

es que los “Estatutos de Limpieza de Sangre” impidieron durante mucho tiempo el acceso de los chuetas a los gremios y, por consiguiente, les impidieron ejercer muchos oficios. Una vez abolidos en 1778 por Carlos III, la actitud vilipendiosa de los otros mallorquines mantuvo la marginación. Esto permitió que su especialización en platería y orfebrería alcanzara un alto nivel. Casi paradójicamente, las mejores manifestaciones de su arte se encuentran en la orfebrería religiosa y, de manera especial, en las custodias.

Esta platería, en sus expresiones menores, llegaba también a los pueblos, adonde los “marxandos” chuetas acudían los domingos y durante las fiestas y ferias, para vender los objetos fabricados, entre los que cabe destacar las botonaduras y los cordoncillos de campesina. Ahora todo esto se está transformando: los orfebres ya no van a los pueblos y, en Palma, muchos de ellos ya han abierto joyerías y no son chuetas. Es el reflejo de una tradición que ha empezado a tambalearse pero que, en este caso, es también la consecuencia de una marginación injusta e infame que, afortunadamente, las nuevas generaciones se encargan de borrar. ■